

*PANEL.*  
CONVENCIONES CONTRA LA CULTURA

*REFLEXIONES SOBRE CONVENCIONES CONTRA LA CULTURA*

Lo que aquí presento son unas breves reflexiones sobre algunos aspectos que he querido destacar en esta obra, la última publicada, de Germán Colmenares. No pretendemos agotar todos los temas, pues en este panel multidisciplinario seguramente mis compañeros de mesa resaltarán temas diferentes a los míos.

Mis preguntas al libro tienen que ver con ciertos temas históricos específicos.

La primera sería el tratar de entender la preocupación de los historiadores por la forma como se escribe el pasado.

Esta pregunta solo es comprensible si partimos de la premisa de que la reconstrucción del pasado ha sido y sigue siendo un instrumento de dominación ideológica, un método de legitimación ideológica del poder presente por el método de conferir legitimación a los poderes del pasado

En repetidas ocasiones Colmenares plantea el problema de las llamadas historias patrias, el problema de las representaciones del pasado tal como fueron creadas o recreadas por los historiadores del siglo XIX estudiados por Colmenares.

¿Por qué estos historiadores eligieron ciertos temas y escribieron un determinado tipo de historia? Todos los historiadores que desfilan por estas páginas eligieron como tema central el tema de la Independencia. ¿Por qué no, por ejemplo, la realidad social o política que estaban viviendo en su momento?

Una razón fundamental tiene que ver con que ellos no veían ni podían ver esa realidad que nosotros los historiadores del siglo XX llamamos realidad social.

Entre otras cosas no podían verla, porque para ellos el papel del historiador, era además de hacer de cronista de ciertos hechos, realizar la tarea de ideólogos, de intelectuales orgánicos de una clase dirigente latinoamericana. No se veían a sí mismos narrando el pasado sino en la tarea de crear ("legitimar") una visión particular del pasado, la que sirviera, consciente o inconscientemente, para erigir mitos o símbolos. Frente a la realidad bastante deprimente que les tocaba presenciar a cada unos de ellos, era mejor buscar en el pasado el momento donde todos podían encontrar hechos dignos de imitar. Vale la pena recordar el planteamiento del escritor y político venezolano Carlos Rangel quien señala la historia de América Latina como la historia de una sucesión de fracasos. Si esto es cierto, los historiadores de Argentina, Chile, preferían encontrar un momento donde era posible evitar los conflictos ideológicos y políticos posteriores a la Independencia. La Independencia es el momento de Epifanía como la llama Colmenares, el momento donde era posible crear un consenso nacional pues ese era el objetivo de esos escritores/historiadores, forjar un consenso nacional con ciertas características ideológicas, un consenso de orientación liberal decimonónica. Como señala Colmenares todos tenían como credo un Humanismo Republicano más o menos difuso. La Independencia es el momento en que podían crear una serie de mitos. Estos historiadores liberales sostenían creencias en el racionalismo y en el progreso de la humanidad pero se veían frente a la paradoja de tener que crear héroes mitológicos de la Independencia.

Los historiadores en cuestión prácticamente convierten a los heroes de carne y hueso en estatuas egregias, suprimiendo las características humanas con sus aspectos negativos y presentando solo aquellas cualidades dignas de imitarse por las generaciones venideras.

Se encuentra allí una de las tensiones más grandes en el trabajo de esos historiadores que al construir esas caudillos heroicos, entraban en contradicción con el credo liberal republicano que profesaban. Como indica Colmenares, trataban de resolver esa tensión de una manera muy peculiar, pues convertían a los caudillos militares de la época de la Independencia como los únicos héroes posibles, como creadores de la patria, mientras que los caudillos posteriores eran convertidos en los elementos dañinos que sembraban la inestabilidad y el despotismo en las sociedades latinoamericanas del siglo XIX.

En contraste, Germán Colmenares nos hace pensar como frente a esa historia "oficial" construida por estos guardianes de la historia estudiados en Convenciones contra la Cultura", se encuentra otra realidad oscura, heredada del pasado

colonial que ellos ignoraron o prefirieron ignorar, o de alguna forma suprimir. En fin, como habíamos sugerido, que la historia puede servir no solamente para reconstruir un pasado, sino para enterrar en el olvido ciertas tradiciones políticas y culturales y legitimar otras preferibles para quien hace la reconstrucción que los poderes establecidos convierten en versión oficial.

*José Escorcia.*  
Depto. de Historia  
Univ. del Valle

\* \* \* \*

### *EN TORNO A LAS CONVENCIONES CONTRA LA CULTURA*

Creo que fue Anatole France quien dijo que "los científicos no son curiosos". La frase puede no ser más que una generalización indebida: su autor tal vez pensaba en una clase particular de científicos. Es posible también que sintiera a los científicos ajenos a ciertos toques de indiscreción que la tendencia a ver y a saber tiene en los buenos novelistas. O que no incluyera a los historiadores entre los científicos. ¡Vaya uno a saber! Lo cierto es que Germán Colmenares era curioso. Me gusta recordarlo así: curioso, intensamente perceptivo. Pero su curiosidad no era algo marginal con respecto a su trabajo. Ella formó parte de su modo de practicar el oficio. Eso se advierte en el libro que sirve de tema a esta tertulia dedicada a recordarlo: su inclinación hacia la literatura unió lo útil a lo hedónico; buscó en ella el goce de la lectura, sin dejar de inquirir por las estrategias y las tácticas de la narrativa, sin dejar de atender a los efectos de sentido procurados por las astucias de la escritura. No se si hizo algo semejante con la pintura, que también le interesó.

Esa misma curiosidad animó lo que él llama, en el prólogo del libro que estamos comentando, sus "discusiones" con los colegas de los departamentos de Letras, de Filosofía, de Comunicación Social y de Historia en la Universidad del Valle. En ese mismo prólogo expresó el deseo de que este libro "aproxime

aún más" esas discusiones. Me ha llamado la atención el modo de formular ese deseo: ¿qué puede querer decir aproximar más las discusiones? Quiero arriesgar la idea de que Germán Colmenares alentaba el deseo de que sus encuentros con los colegas fuesen cada vez más un acercamiento amistoso. Los que tuvimos la suerte de sentirlo próximo, fuimos testigos de que en sus últimos años su reconocida mordacidad le cedía cada vez más el paso a la atención amistosa, al afecto, a la curiosidad dispuesta a compartir intereses y preocupaciones. Hablando de eso, me dijo alguna vez que Cali le había mejorado el humor. Pero el deseo de aproximar las discusiones deja ver que él sentía que esos debates sufrían demasiado de abstracción y de extrañeza. Como lo dice en el mismo prólogo, estaba convencido de que "América Latina ha mantenido obstinadamente un monólogo cuyo tema invariable ha sido el pensamiento europeo" y de que los profesores continuamos ese monólogo "al recibir y propagar casi instantáneamente los más sofisticados productos del pensamiento europeo, particularmente, las elaboraciones de la *rive gauche*". Si de su libro esperaba que esas discusiones salieran ganando, era porque los ensayos que lo componen son una investigación sobre los orígenes de esa vocación monológica y porque esa investigación fue llevada a cabo con un "uso liberal", es decir, desenvuelto y al servicio de otra cosa, de esas ideas a las que, por lo común se dedica un culto absorbente y privilegiado.

Ese prólogo y ese libro nos señalan una pista para la reflexión y para la evaluación. O, si se quiere, nos dejan una hipótesis de trabajo que se podría formular más o menos así: las discusiones entre los profesionales de la literatura, de la filosofía, de la historia, de la comunicación, etc., cuando se dan, suelen padecer de lejanía: rara vez y poco se aproximan a objetos que merecen una curiosidad viva y vital. Se trafica mucho con ideas: las admiramos, las cultivamos, las acumulamos y las administramos; pero difícilmente podemos ponerlas en contacto -en un "uso liberal"- con las situaciones y los problemas de nuestra sociedad, con los contenidos de nuestra cultura. Es posible que esa incapacidad se deba a un alejamiento de los problemas o, tal vez, esa incapacidad transparente -para decirlo con palabras del mismo libro- "el malestar producido por un confinamiento académico". Repito: es una hipótesis de trabajo; y vale la pena tenerla en cuenta.

Diré por qué me interesó y me interesa tanto este libro. Soy hijo y nieto de emigrantes. El ser a mi vez emigrante avivó mi interés por comprender ese fenómeno por el cual varios millones de habitantes nacidos en la Argentina, hijos o nietos de emigrantes, se "sienten" argentinos (contra lo que dice un

difundido lugar común). Hay una respuesta global primera y verdadera, dicha por un verso de Baudelaire: la patria es la infancia. El color de la luz y de las cosas, el olor de las calles y de los potreros, la temperatura de las mañanas, de las tardes, de las noches y de las palabras. Todo eso y todo el infinito mundo de percepciones que dan vida a la propia piel y a la propia memoria en los primeros años de la vida, todo eso es la patria. Pero en la memoria de los descendientes de inmigrantes está la memoria melancólica de los abuelos o de los padres, están sus relatos sobre el purgatorio perdido, están los otros nombres de las cosas, los acentos, los apegos, la resignación final. Algo tenía que contrabalancear esa memoria. Los historiadores del siglo pasado lo comprendieron y lo quisieron así y la historia que escribieron no fue ajena a esa voluntad. Los criollos inmediatamente herederos de la Independencia que redactaron la Constitución argentina de 1853 lo hicieron pensando en un país abierto a la inmigración populosa. Por eso, al redactar el prólogo, dijeron que esa Carta magna no estaba destinada a "promover el bienestar general y asegurar los beneficios de la libertad" sólo de ellos mismos y de su posteridad, sino también de "todos los hombres del mundo que quieran habitar en el suelo argentino". La historiografía argentina del siglo XIX, su versión de la independencia, el modo de relatar las batallas, las biografías épicas de los héroes -figuras talladas como estatuas, como lo hace notar el libro de Germán Colmenares- tenían que ser la memoria que debían incorporar los futuros habitantes del país. Esa historiografía se hizo compendio en las "historias patrias" que la escuela se encargó de transmitir. La tan eficaz escuela. La historia fue relato en las aulas y fue repetida conmemoración, al pie de las estatuas y de la bandera, en la celebración invernal de las fechas patrias. Los hijos y los nietos de los inmigrantes aprendimos que nuestros antepasados eran San Martín y Belgrano y unos cuantos criollos que, a punta de coraje y ganas de libertad, nos habían independizado. Fue así como llegamos a creernos argentinos.

Me gustó y me gusta ese libro de Germán que ayuda a descubrir los orígenes literarios de tanta memoria profunda.

*Lelio Fernández*  
Departamento de Filosofía  
Universidad del Valle

\* \* \* \*

*LAS CONVENCIONES CONTRA LA CULTURA:  
¿UN TEXTO POSTMODERNO?*

Aunque lo tematizado en este libro, en forma explícita, es el clima intelectual y el campo de la historiografía latinoamericana del siglo XIX, al trasluz y siguiendo ciertas pistas que desde el prólogo atraviesan el libro, podemos ver que Germán estaba pensando las trazas en el hoy de una experiencia intelectual que perdura en América Latina. Nos estaba señalando las marcas, algunas marcas, para acceder a lo que nos impide comprender el presente y que, contrario a lo que suele pensarse, no es el miedo al futuro sino al pasado.

De una manera radical, provocadora como a él le gustaba, Germán hace una reflexión sobre la esquizofrenia cultural de buena parte de los intelectuales en América Latina a través del análisis de lo que llama "la resignación desencantada". Una resignación y un desencanto que son descritos así: "Para intelectuales situados en una tradición revolucionaria no sólo el pasado colonial resultaba extraño sino también la generalidad de una población que provenía de ese pasado y que se aferraba a una síntesis cultural que se había operado en él". Y un poco más adelante escribe concretando lo anterior en algo muy preciso "la ausencia de reconocimiento de la realidad era una ausencia de vocabulario para nombrarla". El desencantado distanciamiento sigue vivo hoy en lo que el brasileño Roberto Schwarz plantea como el malestar en la cultura de América Latina, que identifica con el "malestar en lo nacional": un agudo desencanto con el país, porque no es el país que debía ser, el que hubiéramos querido que fuera, porque -como detecta Colmenares en los progresistas decepcionados del siglo XIX- los cambios que han tenido lugar no son lo que se esperaban. Y entonces los cambios deseados impidieron ver los que se estaban produciendo.

Esa esquizofrenia se traduce, primero, en la tentación de escapar de lo que Germán llama una historia "informe e intrascendente", y la necesidad entonces de insertarse en una historia "única y significativa". Creo que hoy seguimos padeciendo del mismo mal, del mismo malestar como nuestra provinciana historia y la imperiosa, compulsiva necesidad de ubicarnos, esto es, de leer nuestra historia como "historia del mundo"... única verdadera! En segundo lugar, el desencanto se traduce en "extrañamiento y hostilidad". No se requiere urgar demasiado en los textos historiográficos del siglo XIX latinoamericano para encontrarse con "una hostilidad manifiesta hacia lo más autóctono, hacia

lo indígena, hacia las castas. El fastidio hacia lo rústico y elemental de las masas campesinas iletradas se convertía en franca repulsión cuando se trataba de indígenas, mulatos y mestizos". La hostilidad y el extrañamiento siguen pesando hoy, sólo que disfrazados, cuando se busca saltar desde el oscuro espacio de una pre o subculturas a la verdadera, que sería la cultura "universal". Y Germán nos advierte: para exorcizar esos miedos y esos esquizos es necesario interrogarlos, examinar su razón de ser. Es ahí donde entreveo una secreta conexión de las preocupaciones de Germán con un rasgo clave de la crítica postmoderna: el replanteamiento de aquel sentido "progresista" de la historia que nos hizo incapaces de percibir la pluralidad y discontinuidad de temporalidades de que está hecha. En palabras de G. Marramao "la larga duración de estratos profundos de la memoria colectiva sacados a la superficie por las bruscas alteraciones del tejido social que la propia aceleración modernizadora comporta".

Colmenares también está proponiendo en este texto otros modos de relación con el pasado, ese que se creía abolido por la independencia o la modernización pero "cuyos rastros se iban multiplicando con sólo desplazar la atención de las hazañas luminosas a lo simplemente cotidiano". Y en uno de sus últimos y más esclarecedores textos del desplazamiento que se proponía llevar a cabo Germán plantea la necesidad de abordar la conquista desde un "lugar" bien distinto tanto al de la trama voluntarista de los héroes como al de las condiciones económicas: como "empresa de lo imaginario" en la que los viejos sedimentos de fantasías y de mitos cobran una realidad inesperada. La "lección" que desde ese desplazamiento nos deja Germán no puede ser más radical: "la presunción más fundamental de la historia como disciplina no consiste en que el orden sucesivo de los acontecimientos se encadena en series de causales sino en que los hechos de un pasado, próximo o remoto, siguen gravitando en la conciencia de los individuos y las sociedades". Lo que trasladado al campo intelectual latinoamericano en su conjunto nos alerta sobre el peligro de que la racionalidad hegemónica nos esté impidiendo comprender tanto las discontinuidades y destiempos de que están hechos estos países como aquella profunda continuidad que se hace presente en los "tiempos largos" del pueblo, en su memoria.

*Jesús Martín Barbero*

Departamento de Ciencias de la Comunicación  
Universidad del Valle